

"Amor a las alturas"

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler

Image not found.

Capítulo 1

Amor a las alturas.

El sermón de Leticia me estaba cascando la cabeza. Llevaba media hora reprochándome mi falta de atención, mi actitud pretenciosa y mis distracciones que se habían hecho más frecuentes las últimas semanas. Por lo regular, después de discutir una hora, nos reconciliábamos, pero presentí que en esa ocasión sería imposible hacerlo porque estaba resuelta a cortar conmigo para siempre. Lamenté mucho que los esfuerzos por conquistarla terminaran de esa forma, como un castillito de arena pisoteado por unos niños traviosos en la playa. Mi amigo José me había adiestrado en la técnica de la conquista. Era simple, teníamos que preguntarles a las chicas que nos gustaban su signo del zodiaco, luego consultar el horóscopo y aprendernos, en el libro de Linda Goodman, todas las características astrales de la víctima en turno. Lety era Piscis y yo Géminis por lo que la relación, según la astrología, estaba muy lejos de ser la ideal. Nunca me tomé tan en serio esas patrañas porque me pareció imposible que esas tonterías sirvieran como reglas para regir el carácter tan variopinto de todas las personas, sin embargo, mientras me había conducido con mi novia como si fuera un Cáncer todo había ido bien. Los problemas empezaron cuando ella se enamoró y a mí se me empezó a terminar la paciencia y saqué al verdadero Gerardo que no era ni romántico ni acomedido ni estable ni soñador. Ella quería tenerme encerrado en su paraíso acuático como si viviéramos en un estanque en el que ella se paseaba con toda comodidad mientras a mí me asfixiaba la falta de aire, los grilletes melosos de su dependencia y su poca versatilidad. Fue por eso, por lo que aprovechó una pequeña distracción de mi parte para echarme el capuchino, que ni siquiera había probado, en mi elegantísima camisa de satén rosa. Por fortuna ya estaba frío, pero lo inesperado de la agresión me hizo gritar como si la bebida estuviera hirviendo. Se levantó y se fue golpeando sus tacones contra el piso de mármol, sólo vi como su pequeño cuerpo aprisionado dentro de su entallado vestido blanco se alejó. Vi sus caireles negros agitarse como olas en el viento y sus grandes ojos negros engalanados con sus pestañas postizas se desvanecieron, luego sus protuberantes labios rojos se deshincharon y desapareció por completo. La mesera me trajo una servilleta de tela y se me quedó mirando con lástima. Le agradecí con una sonrisa nerviosa su amabilidad, saqué dinero para pagarle la cuenta. Quería ir al baño a lavar mi camisa, que con tanto trabajo había conseguido, y estaba destinada a llevar una mancha de café con leche para siempre.

Apoyé las manos en los brazos de la silla para levantarme, pero a mi lado pasó una mujer muy alta. Desde la posición en que me encontraba sólo podía verle el vientre y los muslos, entonces se brotó en mi memoria un recuerdo de la infancia. Era mi tío Carmelo quien se había casado con una

extranjera, mi tía Magda Welsh. Se habían conocido en un viaje que mi pariente hizo a Holanda y al pasar a divertirse en la calle de los faroles rojos vio, como él decía, a la muñeca más hermosa de todo Ámsterdam, en una vitrina y la compró. Bueno, mi tío Ramón le propuso matrimonio en cuanto entró en el pequeño cubículo donde ella trabajaba. Como ya estaba cansada de los amores falsos y no esperaba mucho de la vida dijo que sí. Para nuestra familia fue muy raro que llegara el tío con una extranjera.

Magda tenía padre inglés y madre española. Hablaba el castellano con acento anglosajón y no dominaba mucho la lengua porque siempre rectificaba sus palabras con comentarios en inglés y nadie la entendía. No era muy guapa. Su largo pelo era castaño, tenía los ojos adormilados (bordo eyes), o engañosos románticos (drowsy sleepy) de Bette Davis, según decía ella misma, pero su atractivo no era eso, sino su altura. Yo tenía siete años cuando la conocí y la veía enorme. Primero cuando se paraba al lado de mi tío Ramón, que sobrepasaba apenas el uno sesenta, y luego a mi lado, pero yo era como su mitad. Me abrazaba fuertemente a sus piernas y me refugiaba en el calor de su vientre. Mi madre siempre me obligaba a soltarla, pero ella decía que estaba bien, que me quería como si fuera su propio hijo. Magda era muy buena conmigo, lo malo es que me pude deleitar muy poco con su ternura y sólo hasta que cumplí los ocho años. Mi tío consiguió empleo en otra ciudad y se marcharon. Jamás los volví a ver.

Estaba saliendo ya de la pubertad y tenía que prepararme para entrar al bachillerato y este recuerdo me había abierto los ojos. Lo entendí todo de sopetón. José no se había equivocado con lo de la astrología, sólo había herrado con la elección de las mujeres. Había perdido el tiempo con las chaparritas y el trabajo había sido inútil por la falta de entrega y deseo, pero ahora estaba clarísimo, necesitaba una mujer alta. Tenía que encontrar la forma de unir esos abrazos de mi infancia con unas caderas como las que acababa de ver. Me fui al baño, me quité la camisa, la lavé con el shampoo para las manos y estuve secándola durante media hora en el ruidoso secador. Fue tanto el ruido que la encargada de limpiar los baños me amonestó dos veces diciéndome que lo iba a estropear. Tuve que ponerme la camisa un poco húmeda. Volví a mi asiento y pedí otro café. Tenía a unos cuantos metros a la mujer que rodeada de sus amigas contaba todo tipo de historias. Inútil sería decirles que sobrepasaba en belleza a mi tía Magda y que tenía mucho encanto. Llevaba un vestido entallado de color naranja, su pelo era negro y liso, sus ojos azules, nunca había visto a una mujer con esas características. Tenía la piel blanquísima como si toda ella fuera un queso fresco, pero con una piel muy cuidada, sin manchas ni rugosidades. Tendría unos treinta y cinco años y parecía sacada de una revista de modas con su cara un poco infantil.

Supe su nombre por la mesera que se dirigía a ella como la señora Sienkiewicz, ese apellido lo conocía por un escritor que había ganado el

premio Nobel con su novela Quo Vadis y sabía que era polaco, por lo que decidí que esa hermosa mujer también sería de allí. Me quedé anonadado, no le podía quitar la mirada de encima y cada vez más me sentía como el hombre menguante que se iba reduciendo poco a poco. Eso me trajo una fantasía mientras veía como ella movía las manos, contaba cosas ridículas con su voz de soprano y se reía como una flauta. Me descubrí como el personaje de la película de Almodóvar en la que un hombre muy pequeño está entre las piernas de una gigantesca mujer. Decidí que lograría acercarme la señora Renata Sienkiewicz costara lo que costara. En la cafetería, la muchacha que me atendió me dijo que estaba casada con un famoso empresario y que vivía en una de las zonas más prestigiosas de la ciudad. Comencé a buscar información sobre el señor Sienkiewicz que le había dado su apellido a la atractiva mujer. Encontré la dirección de su casa y fui a ver dónde vivía. Era una zona muy bien vigilada y su casa era de dos plantas, tenían un hermoso jardín con muchas flores y plantas y había una piscina. Me fui en la moto que me prestó José y cuando estaba a punto de volver se me ocurrió fisgonear en el buzón. Noté que algunas cartas sobre salían como alas de paloma, cogí un sobre al azar y me fui. Encerrado en mi habitación leí la carta de una empresa que le comunicaba a la señora Sienkiewicz que el jardinero que se ocupaba de cuidar las flores estaba enfermo y no asistiría en una semana. Esa noche soñé con ella, la vi desnuda en la playa, al día siguiente estuve pensando todo el tiempo en ella y me la imaginé en la calle, en un bosque, en la cafetería, en una cama. Me estaba volviendo loco llevaba tres días de insomnio y la excitación me agitaba, perdí muchas fuerzas y el apetito. De pronto se me ocurrió una idea genial. Llamaría para decir que se me había asignado en lugar del otro jardinero y así tendría la oportunidad de verla. Llamé y me contestó con su voz aguda. Las palabras no fueron muy agradables porque me echó la bronca, pero para mí fue como un bálsamo curativo. Le prometí ir al día siguiente a regar y podar las plantas.

Me levanté temprano y me fui en la moto de José, le prometí devolvérsela el fin de semana, le conté que estaba consiguiendo un trabajillo y me dijo que lo pensara mejor porque los exámenes de ingreso estaban a la vuelta de la esquina y si no entraba al bachillerato empezaría a encaminarme al fracaso de la vida. No le hice caso, pero por si las dudas cogí algunos libros para estudiar. Me recibió una criada que me recordó un poco a Leticia, era más gordita y tenía la misma estatura, hablaba muy rápido y se reía sin motivo. Me mostró el sitio donde guardaban las herramientas, las mangueras y todo lo que se usaba para tener el jardín en buen estado. Vi un overol gris y me lo puse, tuve que doblarle las piernas y arremangarme para que me sentara bien. Fui a saludar a la señora Renata y ella se extrañó de verme tan pequeño, pues con los tacones que llevaba mediría un metro noventa y cinco. La tuve que mirar hacia arriba y hablar más fuerte para que me pusiera atención porque estaba desconcentrada pensando en algo. Me dio la orden de empezar y desapareció por el comedor. Trabajé lo mejor que pude, el sol se había colocado en el centro del cielo y hacía bastante calor. Llegó Marianita y me dijo que la señora

me había mandado un bocadillo y una limonada fría. Me senté en una banca que estaba cerca de las tumbonas de la piscina y empecé a comer. Estaba feliz porque había encontrado la forma de colarme y tendría la oportunidad de deleitar mis fantasías muy pronto.

Estuve repasando con la mirada el dormitorio, pero ella, no apareció, no se oía ningún ruido, el único personal de la casa éramos Marianita, que estaba en la cocina preparando algo, y yo. Había regado el césped y el agua refrescaba el ambiente, el aroma de yerba me hinchaba los pulmones. Terminé de comer y decidí descansar un poco antes de continuar con las labores. Saqué uno de los libros que llevaba y lo comencé a hojear. De pronto oí unos pasos. Era la señora que venía con una especie de turbante en la cabeza y un bikini azul. Se recostó en una tumbona y comenzó a leer una revista. Estaba a mi derecha y la miré de reojo y noté que sus ojos estaban ocultos por unas gafas de moldura amarilla. Pasaba las páginas con desgana y sorbía una bebida de color rosa. No sabía qué hacer porque si permanecía más tiempo sentado, ella decidiría que ya había terminado con las tareas y me echaría sin duda y; si hacía el resto que me faltaba, al día siguiente ya no tendría mucho que hacer allí. Me levanté y comencé a recoger las tijeras, las mangueras, la basura y luego me escondí en la sombra. Vi que Renata se quitaba el bikini y se echaba un chapuzón en el agua. La impresión fue demasiado fuerte porque sentí un golpe que me sacó el aire del estómago y un ardor me recorrió todo el vientre. Se me doblaron las piernas. Era muy guapa, no tenía nada de grasa y su cuerpo era lampiño, el color lechoso de su piel me hizo recordar el queso fresco de la primera vez que la vi. Caí de rodillas. La vi nadando de un lado a otro de la pequeña piscina, hizo unas inmersiones que me deslumbraron los ojos como flashazos. No sé cuánto tiempo permanecí embelesado mirándola como si fuera una sirena. Salió del agua y se tumbó para tomar el sol, pero sabía que no se quemaría, que estaba hecha de carne blanca. Pasó una media hora y se levantó, caminó hacia donde me encontraba y cuando estaba a un metro de distancia me dijo que, si podía limpiar el tejado, se volvió para mostrarme el lugar y vi su espalda. El dolor del recuerdo de mi tía me hizo caer desmayado. Desperté en el mismo sitio, pero a mi lado estaba Marianita con unas toallas húmedas que me había puesto en la frente. Tenía sangre en el pecho y supe que me había dado una insolación. Me cambié de ropa y fui a pedirle disculpas a la señora Renata. Ella me disculpó y me dijo que podía irme, pero que volviera al día siguiente para lo del tejado. Llegué a mi casa y me encontré a Leticia. Dijo que estaba arrepentida, que lo del café había sido un accidente provocado por sus impulsos, pero que estaba dispuesta a cambiar y ser más tolerante. Le prometí verla después y me excusé diciéndole que tenía que estudiar.

Volví a dormir mal. Esta vez se me había aparecido la señora Sienkiewicz en el mismo lugar donde me había desmayado, pero en lugar de caer en un estado inconsciente, caía sobre ella. Su cuerpo era tibio, abundante y aromático. Me deslizaba por su piel como si jugara en un tobogán, me

sentía un niño, escuchando la historia de mi tío sobre Magda, la muñeca de la vitrina de Ámsterdam. Me abracé con todas mis fuerzas a Renata y comencé a gemir, maullar y temblar. Me desperté y vi el reloj. Eran las nueve de la mañana, me duché y salí volado en la moto.

Cuando Marianita me abrió con una sonrisa me saludó y me ofreció un café. Luego vi al señor Sienkiewicz, tenía una bata de seda y se paseaba con el teléfono discutiendo sobre unas inversiones. Pasó cerca de mí, pero no me puso atención. Me fui a cambiar y subí al tejado para limpiar. Me hizo una señal Renata, me indicó las escaleras que daban al techo y me dijo que había una horquilla en la que podía sujetar mi cuerda de seguridad. Había muchas hojas en el tejado y basura. No me pude explicar cómo habían llegado hasta allí. Cogí una bolsa y comencé a meter todo lo que encontraba. Terminé pronto. Cuando bajé. El señor Sienkiewicz ya se había puesto un traje elegante, se había puesto gel en el pelo y se estaba despidiendo de su mujer. Me fui al almacén y saqué las cosas para terminar el trabajo del jardín. Estuve podando las plantas, eché un poco de insecticida donde descubrí algunas hormigas y fui a esconderme otra vez para esperar a que saliera Renata en su traje de baño. Esta vez llevaba uno de color rojo. Su piel contrastaba mucho con las prendas, se tumbó otra vez y estuvo leyendo. Luego desapareció. Me acerqué a ver qué revista estaba leyendo. Tenía abierta la sección de los horóscopos, leí un poco y cuando levanté la vista ella estaba mirándome con benevolencia. Me preguntó por mi signo, le dije que era geminiano, ella sonrió y dijo que era Aries. Agregó que éramos compatibles, la miré para indicarle mi estatura, ella llevaba unas alpargatas altas, y se veía enorme a mi lado. No dijo nada más, me retiré a terminar lo que tenía pendiente.

Me llamó Marianita y me dijo que era viernes y que tenía la tarde libre. Me dio instrucciones y me recomendó que me fuera cerca de las seis de la tarde. La casa se quedó sola. No sabía qué hacer porque Renata no había bajado a nadar desnuda, no quería espiarla porque si me descubría me echaría de su casa sin dudar y no la volvería a ver. Me resigné a hojear mis libros al resguardo de unos arbustos. Estaba viendo una tabla de fechas importantes de la historia cuando oí su voz. Quería que moviera unas cosas en su habitación. Subimos y me preguntó por qué me había desmayado al verla desnuda. Me puse rojo, pero sin querer respondí contándole la historia de mi tío en Ámsterdam. La historia la asombró y comenzó a hacerme preguntas. Parecía que su intuición le decía que yo estaba loco por ella. Siguió guiándome con sus preguntas como si me aplicara el método de Sócrates. La conclusión fue que me derretía de pasión por ella y me moría de ganas por tocarla. Ella estuvo de acuerdo, pero me puso una condición que era muy difícil de cumplir por causa de mi estatura. Probé todas las formas imaginables, pero hiciera lo que hiciera siempre quedaba veinte centímetros debajo de ella. Vi que en el balcón había unos maderos sobre los que descansaban unas macetas. Quité las plantas, acomodé los maderos, ella se apoyó sobre el filo del

parapeto. Sentí la tibieza y humedad de su entrepierna, luego comencé a moverme. Primero despacio y luego más rápido, Renata se fue haciendo hacia adelante y se paró de puntas, precisamente en el momento álgido. De alguna forma salí volando por los aires, la sensación fue asombrosa y mis gritos no fueron de angustia, sino de placer, el método griego para llegar a la verdad me había desvelado la esencia de la vida y me había ayudado no sólo a poseer a Renata, sino a encontrar mi afición por las alturas. Por suerte el impulso que me dio la señora Sienkewicz fue suficiente para caer en la alberca. No era la parte más profunda, por eso recibí un fuerte golpe en el pecho. Ella bajó corriendo para ver si no me había descalabrado, pero cuando me vio salir del agua sobándome el pecho respiró más tranquila. Cogió la bata que su marido había dejado tirada y me dijo que sería mejor que me fuera.

No volví a usurpar el puesto del jardinero, pero seguí soñando con mi tía, la señora Renata y muchas otras mujeres más. Aprendí con los años a seducir mujeres altas dispuestas a experimentar sensaciones en las grandes alturas. Me tiré de un puente entrelazado al cuerpo de una basquetbolista, tuve una relación en las montañas mientras escalaba una roca de cincuenta metros de altura, engatusé a una turista en el mirador de un rascacielos y pude gozar de la compañía de muchas otras muchachas adictas a la altura, por último, formé un club de amantes de la acrofilia.